

Primer día sin Bill

Bill se ha ido.

¿Cómo sonará un corazón de ochenta y nueve años al romperse? Es posible que casi no suene, y desde luego será un ruido pequeño, leve.

A los cuatro años tuve una muñeca de porcelana, un regalo que me llegó por una vía extraña. La hermana de mi madre, que vivía en Wicklow, la guardaba de cuando eran niñas y me la dio para que tuviera un recuerdo de mi madre. A los cuatro años una muñeca así puede ser un tesoro por varias razones, y su belleza no sería la menor de ellas. Aún veo su cara pintada, serena y oriental, y el vestido de seda azul que llevaba puesto. A mi padre, para mi gran asombro, aquel regalo le preocupó. Le inquietó por razones que no estaban a mi alcance. Dijo que era excesivo para una niña pequeña, aunque fuera la misma niña pequeña que él quería con total adoración.

Un domingo, alrededor de un año después de que me la regalaran, insistí en llevármela a misa a pesar de las extensas y detalladas objeciones de mi padre, que era un hombre religioso en el sentido de que pensaba que hay vida después de la muerte. Estaba conven-

cido hasta el tuétano. Tal y como él lo veía, no era apropiado que una muñeca fuera a misa.

Cuando, en mi obstinación, entraba con ella en la catedral de Marlborough Street, por efecto de algún accidente, pudo ser la atmósfera de gran seriedad que reinaba allí, empezó a deslizarse de los brazos. Ahora no estoy segura, no del todo, de no haberla dejado caer llevada por algún peculiar impulso. Pero si lo hice, enseguida me arrepentí. El suelo de la catedral era de losetas y duro. Su bonito vestido no sirvió para salvarla y su cara perfecta se estrelló contra la piedra y se hizo añicos peor que si hubiera sido un huevo. En aquel mismo instante también mi corazón se quebró, de manera que el sonido de la destrucción de mi muñeca pasó a ser, en mi recuerdo, el ruido de un corazón rompiéndose. E incluso si fue una fantasía infantil, me pregunto ahora si no sonaría igual un corazón de ochenta y nueve años quebrándose de dolor. Un ruido pequeño, leve.

Pero la sensación es la de un paisaje engullido por la marea en una oscuridad como boca de lobo donde todo, casa y establo, bestia y hombre, queda aterrorizado, amenazado. Es como si alguien, de una agencia importante, una especie de CIA de los cielos, conociera a la perfección el mecanismo que me hace ser quien soy y cómo estoy envuelta y montada y tuviera el folleto o el manual para desmontarme y, tuerca a tuerca y cable a cable, lo estuviera haciendo, sin intención de volver a montarme jamás indiferente al hecho de que todas las piezas se han caído y perdido. Tanto me aterroriza la pena que no encuentro consuelo en nada. Llevo en mi calavera una suerte de esfera candente en lugar de cerebro y ardo, de horror y de tristeza.

Dios, perdóname. Dios, ayúdame. Tengo que tranquilizarme. Debo hacerlo. Por favor, Dios, ayúdame. ¿Me ves? Estoy aquí sen-

tada, a la mesa de mi cocina con su formica roja. La cocina reluce. He hecho té. Aun en mi angustia, me he acordado de calentar la tetera antes con agua hirviendo. Una cucharada de té para mí y otra para la tetera. Lo he dejado hacerse, como siempre, esperando, como siempre, con la luz amarilla de apariencia tan sólida como un escudo antiguo de bronce en la ventana que da al mar. Enfundada en mi viejo vestido de lino grueso que lamenté haber comprado en el momento en que lo pagué en Main Street hace años, y que sigo lamentando, aunque resulta abrigado en este tiempo tan desapacible. Me voy a tomar el té. Me lo voy a tomar.

Bill se ha ido.

De mi madre se cuenta que murió al darme a luz. Vine al mundo, dijo mi padre, igual que un faisán que rompe el cascarón, con mucho alboroto. El padre de mi padre había sido mayordomo en la heredad Humewood en Wicklow, de modo que sabía lo que pasaba cuando un faisán sale del cascarón. Mi madre murió en el preciso instante en que dejó de hacer falta la luz de las velas, cuando despuntaba el alba. Fue en la aldea de Dalkey, no lejos del mar.

Durante muchos años aquello no fue más que algo que me habían contado. Pero cuando me quedé embarazada de mi hijo de pronto se volvió vívido, como si estuviera sucediendo en tiempo real. Notaba la presencia de mi madre en aquel estrecho paritorio de Cleveland mientras luchaba por dar a luz. Hasta entonces nunca había pensado verdaderamente en ella, y sin embargo en aquellos momentos no creo que hubiera un ser humano más cerca de otro. Cuando por fin me pusieron al bebé sobre el pecho, mientras jadeaba como un animal y esa felicidad incomparable me invadía, lloré por ella y aquellas lágrimas tuvieron más valor y significado para mí que un reino.

Cuando a los cuatro años me enseñaron el catecismo católico en la pequeña escuela infantil contigua al castillo e hicieron la primera pregunta, *¿Quién creó el mundo?*, supe, en el fondo de mi corazón, que la profesora, la señora O'Toole, se había confundido al darnos la respuesta, *Dios*. De pie delante de nosotros, nos leyó la pregunta y la respuesta con su voz de pajarito. Y puede que me sintiera inclinada a creerla, porque a mis cuatro años me resultaba imponente con su falda tan gris como una foca del zoo de Dublín y había sido muy amable conmigo desde el primer momento y me había dado una manzana. Pero el mundo, y en mi opinión ella debería de haberlo sabido, lo había creado mi padre, James Patrick Dunne, quien entonces todavía no era, pero pronto lo sería, inspector jefe de la Policía Metropolitana de Dublín.

De mi padre se contaba que había dirigido la carga contra los hombres de Larkin en Sackville Street. Cuando Larkin cruzó el puente O'Connell con barba y bigote postizos y recorrió los pasillos de mármol del hotel Imperial, salió al balcón y empezó a dar un discurso a los cientos de trabajadores congregados en la calle, algo que había sido prohibido por un edicto, mi padre y otros oficiales de policía dieron orden a los agentes en sus puestos de que cargaran, con las porras.

La primera vez que me contaron esta historia, cuando era una niña, la misma noche en que ocurrió, la entendí mal y pensé que mi padre había hecho algo heroico. En mi imaginación añadí un caballo blanco, a cuyos lomos cabalgaba con una espada solemnemente desenvainada. Lo veía avanzar como en las verdaderas cargas de caballería. Su nobleza y su valentía me dejaban sin respiración.

Cosas del pasado. Y que no tienen mucho que ver con el dolor del presente, aunque me ayudan a situarme. Ahora voy a tomar aire y a empezar como es debido.

A la vuelta del funeral me encontré con que mi amigo el señor Dillinger había entrado en el recibidor mientras yo estaba fuera y me había dejado flores, pero no me había esperado. Eran flores muy caras y había dejado escrita una notita junto a ellas: «A mi querida amiga, la señora Bere, en esta hora de dolorosa pérdida». Me conmovió de veras. Estoy segura de que, de haber estado vivo, el señor Nolan también se habría colado en mi casa. Pero en su caso no habría sido bien recibido. Quizá si no supiera lo que sé ahora, quizá si el señor Nolan no hubiera muerto cuando lo hizo, podría haber seguido imaginando que era el mejor amigo que jamás he tenido. Es tan raro que su muerte y la de mi nieto Bill sucedieran tan cercanas en el tiempo. Todas las cosas vienen de tres en tres, de eso sí que no hay duda. La tercera muerte será la mía. Tengo ochenta y nueve años y muy pronto pienso poner fin a mi vida. ¿Cómo voy a vivir sin Bill?

No puedo hacer una cosa tan terrible sin una explicación. Pero ¿a quién se lo explico? ¿Al señor Dillinger? ¿A la señora Wolohan? ¿A mí misma? No puedo irme sin antes hacer un esfuerzo por explicar esta desesperanza. Por lo general no soy desesperanzada y espero no haber dado demasiado esa impresión cuando era una mujer viva, que respiraba. Ése no ha sido mi estilo en absoluto. Así que tampoco lo será ahora durante mucho tiempo. Ahora sí siento desesperanza, tan profunda que, me temo, me afecta hasta el páncreas, ese extraño órgano azul que ha matado al señor Nolan, pero no tengo intención de seguir sintiéndola mucho tiempo. Tan solo el que me lleve hablarles a las sombras del pasado, al éter azul del futuro, eso durará, confío y rezo por ello. Después encontraré algún método discreto de acabar con mi vida.

No he sido inmune a la belleza de este mundo que he tenido la fortuna de conocer, ya fuera algún rincón de Dublín durante mi infancia, un pequeño patio menospreciado del castillo que a mí se

me antojaba un paraíso polvoriento o, en los últimos tiempos, esas nieblas como criaturas de largas extremidades que irrumpen en los Hamptons como ejércitos, no se sabe si invasores o derrotados, si huyendo o de regreso a casa.

Confío y rezo porque el señor Nolan vaya derecho por el largo camino que lleva hasta el infierno mientras los campos arden a su paso y la luz del sol adquiere un tono preocupante y roto, que el paisaje le altere y le parezca extraño. No, nada de anchos campos de tabaco y colinas alegres y boscosas porque, a pesar de su nombre irlandés, el señor Nolan nació y creció en Tennessee y, como cada hijo de un lugar cuando le llega la hora de su muerte, quizá se imaginó volviendo derecho a casa, como lo más natural. Y aunque en esencia le quise mientras estuvo vivo y fuimos amigos durante muchos años, ahora es justo que el demonio le coja de la mano y le guíe entre las praderas humeantes.

El demonio, empiezo a sospechar, y bien que me pesa, tiene mayor sentido de la justicia que el otro hombre.

«Solo los desleales pueden ser de verdad leales, solo los leales pueden de verdad ganar.» Esto me lo dijo una vez mi nieto Bill con su chispa habitual, antes de irse a la guerra del desierto. Ya se había divorciado, con diecinueve años que tenía, y ya se consideraba un perdedor en la vida. O la Vida, con uve mayúscula, como él la llamaba. La guerra le quitó la poca chispa que le quedaba. Volvió del desierto ardiente como un hombre que ha sido testigo de uno de los milagros del demonio. A las pocas semanas ya estaba por ahí con sus amigos, quizá tomando unas copas, tal y como le gustaba hacer. Al día siguiente una mujer de la limpieza lo encontró en los lavabos de su antiguo instituto, nada menos. Se había colado dentro llevado por un impulso solo conocido por él. Se mató en una noche de sábado, estoy segura, porque así el bedel lo encontraría el

domingo y no cuando llegara la marea de niños el lunes. Se ahorcó colgándose del pomo de la puerta con la corbata.

¿Por qué estoy viva cuando él ha muerto? ¿Por qué se lo llevó la muerte?

Ninguna otra cosa en el mundo me habría empujado a ponerme a escribir. Odio escribir, odio las plumas, el papel y todas esas manías. Y me las he arreglado bastante bien sin ellas, creo. Bueno, en realidad me estoy mintiendo. Escribir me ha dado miedo, ya que hasta los ocho años apenas era capaz de escribir mi nombre. Las monjas de Great George's Street no se mostraron demasiado comprensivas al respecto. Pero en ocasiones los libros me han salvado, ésa es la verdad. Han sido mis buenos samaritanos. Los libros de cocina cuando aprendía mi oficio. Huy, hace muchos años de eso, aunque últimamente todavía me sorprendo de vez en cuando, eso es cierto, consultando mi gastado ejemplar del *Libro de Cocina de la Casa Blanca* para refrescar algún detalle esquivo. No hay buen cocinero que no se haya encontrado algún error hasta en su libro de recetas favorito y lo haya anotado en los márgenes, como si fuera un libro antiguo, tal vez de la biblioteca perdida de Alejandría. Algunas veces leo el periódico de los domingos de cabo a rabo. Lo consumo entero como una llama viva. En otros estados de ánimo, menos habituales, me gusta mucho la Biblia. Con la Biblia ocurre como con algunas músicas, que no siempre entiendes la melodía. A mi nieto Bill también le gustaba la Biblia, se especializó en desmenuzar el Apocalipsis. Decía que así era el desierto, Kuwait, ardiendo sin parar como el lago de fuego. *Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego.*

Me gustan las historias que cuentan otras personas, ocurrencias salidas de su propia boca, o *gob*, como diríamos en Irlanda. Historias desenfadadas, improvisadas, divertidas. No los relatos apesadumbrados de la historia.

Y he tenido historia suficiente para toda una vida en la mía propia, por no hablar de la de mi empleadora, la señora Wolohan.

Es un nombre irlandés, por supuesto, pero como en irlandés no existe la uve doble debo suponer que la letra fue añadida ya en Estados Unidos, hace muchos años, en el curso de otra generación. Porque me he dado cuenta de una cosa que tienen las palabras americanas y es que no se están quietas. Lo mismo que las personas. Solo los pájaros en América parecer ser fieles a un lugar, pájaros cuya naturaleza y cuyos colores tanto me intrigaban y confundían cuando llegué aquí. Ahora mismo, estos días, el gorrión marino, el badajo, el estornino, el chorlitejo silbador y trece especies de curruca bendicen las costas. La primera ciudad a la que llegué fue New Haven, hace miles y miles de lunas, podría decirse. Con mi querido Tadg. Aquélla sí que fue una aventura. Pero intentaré escribir sobre ella mañana. Tengo frío, aunque hace el calor propio de principios de verano. Tengo frío porque no me encuentro el corazón.